A MIS PADRES

Padres, permitidnos, que hagamos memoria y escuchemos un tiempo de oro, una edad lejana con olor a hogar, unas pisadas que repican en el porche encendido de nuestros corazones y que vuelven —hoy— a hacer de nosotros esos niños que un día fuimos.

Allí, a lo lejos, delante de nuestros ojos, dónde se acurruca nuestra niñez, vemos pasar unos niños que escuchaban vuestra voz blanca esas tardes invernales de parchís, dónde los dados y las fichas de colores marcaban el mapa feliz de nuestros sueños. Unos niños en cuyas pupilas empezaban a germinar las semillas de la Fe, cimentadas en la devoción mariana. Gracias a ustedes, hoy, —mamá y papá— todo aquel tiempo se columpia en las bambalinas de nuestro interior haciéndose resplandor, **refugio** y horizonte de nuestra madurez.

Papá sembraste a un lado de nuestro itinerario, los valores de la honestidad, la valentía, la entrega por los más desfavorecidos y la simiente de la curiosidad por el saber; al otro lado, mamá, nos enseñaste la importancia de la humildad, el sacrificio, el trabajo callado, ese que abre las puertas del Viento Sagrado. Hay que afirmar que el AMOR, y solo el AMOR, es la fuente que da las fuerzas necesarias para enfrentarse a las dificultades de una vida en común. Como dice la epístola a los Colosenses de San Pablo: "*Y por encima de todo pongan el amor, que sujeta todas las cosas juntas en perfecta armonía."* (Col 3,14).

Rafael Luna García